

P  
D

JULIO RUELAS.

*El buen pintor tiene que representar dos cosas principales al hombre y al estado de su alma.*

LEONARDO DE VINCI.

*Estudia primero la ciencia y después sigue el arte nacido de ella.*

LEONARDO DE VINCI.

*Los hombres de talento son esencias celestiales y no bestias de carga.*

COSME DE MÉDICIS.



vimos, al que, según nuestro entender, es uno de los pintores más geniales del porvenir.

Un sol noruego, un sol de cobre, con purpurencias maculadas en todas las gradaciones decadentes del carmín, se había incrustado á medias, entre dos nubes densas, á modo de una gran perla de oro, cabe un par de conchas de nácar. . . .!

Los borrones oxidados, en hervores de anémicos cobaltos, que ilustraban el poniente melancólico, suspendido de la altura, como un telón de fantástico ormesí, sombreaban, con profecías de tiniebla, el barrio elegante de la metrópoli.

El duelo nocturno llegaba desolador é ineludible.

La luna, simulando una lámpara votiva, comenzaba á oscilar en el celeste capelo, y, los ponentinos luceros, cual desmorecidas flamas de cirios martirizados por el viento, se levantaban, refulgiendo, en enjambre pávido, sobre el inmenso catafalco del hemisferio ensombrecido en la taciturnidad de una noche augurada muy fría, muy larga y muy callada!

Los focos eléctricos intentaban expandir su meteórica luminosidad y las aceras de las calles se poblaban de ufana muchedumbre.

Era la buena hora, en que, cinco ó seis camaradas, frecuentábamos aquella alegre taberna de comerciantes, donde un austriaco, palidísimo y tuberculoso, vendía cerveza frígida y ofrecía divanes blandos.

Allí, en pleno pantagruel septentrional, en democrática pròmiscuidad, con apopléticos teutones y gargantuescos ingleses, que, engullían con apetito de gourmans, obesas salchichas de Francfort, adobadas con pestilente choueraut, ó, argénteos arenques marinados, rociados con algún icterico vinillo del Rhin, hacíamos decamerones de artistas, y, la crónica de alcoba, después de variar entre Alfonso de Sade ó Brantome ó Aretino ó Juan Bocaccio (los cuatro licenciosos divinos) cedía su puesto á la política, la que á su vez abandonaba el campo de la literatura, aventurados en la cual, decalvábamos sin compasión á Monsieur Prudhome y sus secuaces, y, también, por qué no decirlo, á nuestros insultadores y enemigos!

En un rinconcito de ese nuestro improvisado *caboulot* ha confeccionado Amado Nervo muy graciosos epigramas y muy sugestivas paradojas, Bernardo Couto, ha depuesto muchas veces el alcohol y el bromuro ingurgitados, haciéndonos creer que como la ninfa Aretusa, era convertido en fuente, y, Ruben Campos, sacudiendo la melenilla, lamentando su impecunia, é, iluminando con sonrisas de bonhomía dionisiaca, su empecinado rostro de tolteca, nos ha hablado hasta el fastidio, de su enferma vida sexual, de las noches rojas en que espoleado por la satiriasis, se ha debatido en el tálamo del contubernio osculando la irritada areola de los pesones de alguna calipigia en brama.

Vecino nuestro, era un joven, vestido de riguroso luto, moreno cetrino como un malavares, lento, lentísimo, en sus movimientos, pulcro, pulcrísimo, en sus modales y con fisonomía á modo de gitano húngaro.

Su fúnebre silueta, se destacaba sobre el tapiz claro del muro, como una mancha negra, tenía algo de espectral, con su silencio torvo, con su mirada perdida, con su inmovilidad inmutable, (nos recordaba el fantasma de Oscar de Alva en el poema de Lord Byron) bebía con verdadero furor y su gran vaso de ambarino lúpulo era renovado sin cesar y á regañadientes por el insolente camarero.

No tenía amigos. . . .

Se instalaba en el mismo lugar, á las seis de la tarde, una vez afirmadas sus posaderas en el asiento, descubría su testa, peinaba con los dedos estirados sus lacios y corvinos cabellos, y, después, hojeaba las revistas alemanas, con meticolosa atención, fumando, fumando. . . .

Acabada esa distracción, cruzaba los brazos, recargaba los hombros en el respaldo del sofá, cerraba los irónicos ojuelos, y, permanecía horas enteras, como sumergido en un nirvánico aletargamiento de bramín, fumando, fumando, fumando. . . .

Había sido discípulo de un mal poeta, en la escuela militar, y, por él supimos los del grupo, que, aquel solitario cliente de la cervecería,

además de ser un lector entusiasta de los libros de caballerías, era un pintor de mucho talento que había aprendido su noble oficio en Karlsrue (Baden) y debido á la descuidada administración de la legítima que de sus progenitores heredara se había visto obligado á regresar á su país.

Aquel artista, de aspecto singular, nos interesaba extraordinariamente, lo clasificábamos como un incunable entre nuestros libros humanos, porque, sentíamos hacia su enigmática persona, una atracción, en la que se interesaban por iguales partes la curiosidad punzante de los observadores y el afecto espontáneo de los que en los amables lineamientos de un carácter desconocido suponen llegar á encontrar al hombre que buscaba Diógenes.

No considerando imposible nuestro empeño propusimos á toda costa trabar relaciones con él.

Nuestra presentación careció de interés.

Tuvo la frívola cortesía de los conocimientos iniciados en la más estricta circunspección de las fórmulas sociales.

Verifícase en un momento poco propicio para llevarnos por esa florecida ruta que de la simpatía natural llega á la confianza y de ésta á las confidencias íntimas.

En todo el tiempo que duró nuestra primera conjunción sólo una palabra pronunciaron sus labios al chocar los vasos.

—Prositi!

Decididamente era interesante aquel hombrecito de perfil dantesco, con la piel teñida de regaliz, con sus bigotillos levantados hacia arriba, lo mismo que Murillo, con su ancha corbata á la moda Luis Felipe, y, con aquel saco que por su inaudita longura, antojábasenos, la sotana de un abate tomador de rapé, la levita de un académico momia ó el paletó de un anticuario erudito.

Adivinamos, muy luego, que, era hosco, cual un gato negro enamorado de un astro, y, tímido, hasta la huronería, lo mismo que la mayor parte de los individuos sarcásticos, no nos cabía duda, que, en aquella personilla acicalada, se encerraba un famoso socarrón y que para capturar sus pensamientos ingenuos era necesario erogar un dispendioso gasto de tiempo y de cautela.

A los tres meses ya nuestro amigo había salido del carapacho de su reserva, para mostrarse, un muchacho encantador, burlón como pocos, satírico como Pirrón, cruel como Voltaire, gráfico y aristocráticamente obsceno, en su manera de ridiculizar á los demás, pero, sin caer nunca, en la desnuda obscenidad de un Aristófanes embrutecido, antes bien, con la mundana picardía de un Revelais achispado de champaña y de lirismo, alegre siempre, á pesar de su faz de ataúd, jovial y diablesco, aun en vísperas de un desafío ó después de llevar sus pantalones á la casa de *matante* como dice Alberto Leduc, un verdadero bohemio, un legítimo nieto de Chaunard, un completo

desencuadrado de la cepa de los turanios, que, á pesar de frecuentar la zahurda literaria y tolerar las bellaquerías de los colegas, saben enderezar su ideal estético á las contemplaciones más sabias del platonismo y á las más prestigiosas culminancias de la ambición que levanta y dignifica.

¡No se parecía en nada á los jóvenes envilecidos que tratamos por aquellas fechas!

¡No le hallamos ninguna relación con esos escritores con esos escultores con esos pintores á quienes les tiembla el cerebro para concebir una idea la pluma para escribir un panfleto el falo para violar á una hermosa y el estoque para herir á un enemigo!

¡Un hombre!

Lo estimamos sinceramente, lo estimamos apasionadamente, lo estimamos con el obsecado impulsivismo con que amamos ú odiamos á nuestros semejantes, al ser sugestionados por nuestras buenas ó malas pasiones, por tener, como tenemos, la dicha de no contarnos entre los varones superiores, acaso, acaso, porque nunca nos hemos sentido histriones, ó, porque, nuestra substancia, está tan confundida con la arcilla de Adán que nos ha impedido eliminar de ella las perversas levaduras primitivas!

Lo apreciamos, entusiástamente, por sus indomables apasionamientos artísticos y su fervoroso amor á la laboriosidad y al trabajo, por la briosa pujanza de sus aptitudes creadoras y su callado

desprecio hacia los picotereros, hacia los juglares, hacia los tramposos, que, considerándonos aun á los intelectuales, en estado aborigen, suelen caer en nuestro suelo, de antuvión, para molestarnos luego, con sus pedantes monsergas, porque, cosa rara en el medio en que vejetamos, á pesar de hacerle falta, no ha solicitado nunca la munificencia de gobiernos ó magnates, pues sabe muy bien, que, los tiranos latino-americanos, no son ilustrados ni suntuosos como los que protegieron á Lippi y á Cellini, y, porque no ignora tampoco que los potentados que nos insultan con la detonante exhibición de su nulidad no serían nunca, en México, condes de Lemos ó duques de Osuna, aunque surgiesen más Cervantes y Quevedos que luceros arden en los firmamentos y arenas se sedimentan en el lecho de los mares.

Theóphile Gautier, el admirable aurifabrista, el plástico rimador, el llamado impecable por el impecable Baudelaire, ha esmaltado, sobre el aconchado múrice de alguna aristocrática estrofa, una idea, que podría grabarse como un mote, sobre los gules del blasón de Julio Ruelas.

Peintre, fuis l'aquarelle,

Et fixe la couleur

Trop frêle

Au four de l'émailleur.

¡En efecto!

Ha desdeñado sin vacilar los procedimientos abyectos de los acuarelistas embadurnadores

aquejados de exantemas pictóricas á quienes se podría escliciar el rostro con el latigazo que Nietzsche aplica á los poetas de la especie de Peza, de Urbina, de Tablada, cuando les dice que hacen llevar sus ideas en el carro del ritmo porque no pueden hacerlas caminar á pie.

Ha despreciado con noble orgullo las cábulas de los utilitarios que se perecen por conquistar, aunque sea subrepticamente, una amable sonrisa, una complacencia venal, una promesa insegura, del éxito, de ese dios polichinesco y hermafrodita que sólo tiene devotos y altares en los lugares donde los beocios burgueses inflan sus barrigas insolentes.

Es un obrero que sabe que las manos de los hombres de buena voluntad, sirven para empuñar la peñola del escritor, la espada del caudillo, ó, el martillo de estatuario, y, por eso, nunca ha soportado á las nulidades que preponderan, debido precisamente á su desvergüenza, pues son incapaces de percibir la verdadera sensación artística, y, si por un raro fenómeno llegan, inconscientemente, á columbrarla apenas, se les estrella en la epidermis como una flecha de cristal se rompiera en la dura concha de un galápagos!

Está convencido de que la más limpia vibración de una facultad estética, en el espíritu simpático, lude siempre, en él, las piedades y los arrobos de la beatitud, sublimándolo, hasta la contemplación, hasta la absorción completa, de

los milagros de ese rito, indefinido, al que sólo pueden acercarse las criaturas por la intensidad de una percusión sentimental que únicamente llega á cristalizarse, siendo producida por el arte, al revelar ese númen esencial, sus misterios más raros y sus más elevadas celsitudes.

No puede ser clasificado entre los afiliados á las escuelas deterministas.

No es clásico hasta el extremo de creer con Winckelmann que el color, la luz y el claro oscuro no tienen en un lienzo todo el valor que la pureza de las líneas. . . . .

No es nazareno de los que producen obsecionados por la abstracción puramente.

No es romántico, ni naturista, ni decadente.

No se ha matriculado con fanatismo servil bajo el canon de las instituciones sancionadas por la preponderancia de los maestros porque tiene el raro electicismo de los fuertes que engendran por sí mismos la individualidad propia y la virilidad tan envidiada de los que no gustan de infibular á la musa con lugares comunes.

Huye de todo lo que pueda ser interpretado como imitación.

Abriga muy legítimas esperanzas de triunfos futuros y posee incorporado á esa hermosa emulación el íntimo convencimiento de que en futuros días llegará á revelar su personalidad artística de una manera vigorosa original é inspirada.

El genio de Julio Ruelas tiende á expresar los ideales más altos de un pintor de buena raza.

Aplicando sus vastos conocimientos técnicos á la belleza real ha logrado unimismar por la cierta inducción de sus ideas la factura manual del procedimiento con las percepciones de su observación personal hasta llegar á hacer de su arte un oficio cuasi celestial.

Trabaja sin descanso, entendiendo, con acierto, que, sólo una tarea, tenaz, prolongada, puede ayudar al entendimiento hasta hacer efectivo y consistente el esfuerzo creador. . . . .

Sabe también, que, para ser buen artista, no basta tener talento, sino que, es necesario, muy necesario, indispensablemente necesario, educar la inteligencia con un fervor benedictino, con la dedicación con que un lapidario sapiente tallara las facetas de una gema, robustecerla con el trabajo diario, apartarla de los extravíos que dañan, fecundarla con el método, procurando perfeccionarla con paciencia de todos los días, con afán jamás abatido, con entusiasmo siempre creciente, con fe nunca entibiada, hasta que llegue la hora del prodigio, el instante de la epifanía, el momento de la videncia, el minuto en que pueda concebir la obra que perdura, la que no muere, la que unge como bálsamo el cuerpo de los luchadores que triunfan en los estadios que sanciona con su omnipresencia la amorosa Phalas!

La Alemania produjo en su retina un fantástico deslumbramiento.

En esa tierra, donde tiene su asiento la parasitaria del militarismo, la romancesca imaginación del joven esteta, padeció un mágico avatar, su desmedido amor por las grandezas verdaderas, (en un vuelco de la clepsidra de Kronos) le hizo olvidar á Guillermo II y sus guerreras demencias, de hulano neurasténico, para contemplar, enajenado, la gigantesca sombra de Barbarroja, al ambular su inmensa desolación, en los agrietados muros de las ciudadelas del Wisperthal.

Allí, admiró á los bourgraves, soñando con las almenas escarpadas y las torres enhiestas de sus castillos encajados en las cumbres de los montes como nidos de águilas, allí, á la parda sombra de los milenanos robles teutónicos, leyó poemas y lieds, de Goethe, de Heine, de Fieck, de Uhland, de Schwab, allí, evocó los espectros líricos de los legendarios paladines, y, conjuró, el recuerdo de los maléficios del Elfo, viendo á los kobolds, brincar despavoridos, por las piedras y los bazaltos del Kiffhäuser, desmoronado ya, como por efecto de plutónicos estragos, ante los grotescos episodios del siglo de las grandes barbaries, del siglo de los salchicheros, de los albañiles, de los soldados, de los agiotistas y de los sajones ensoberbecidos. . . . .!

Ha visitado los mejores museos europeos no con el superficial diletantismo de un turista, si-

no, como un creyente fervoroso de la madre estética que anhela beber la ciencia en sus legítimos veneros. . . . .

Ama Boeklin y á sus dioses términos que acordan á los rumores tristes de los olivares, el ritmo femenino de la ziringa, admira los sardónicos cristos de Wohlgmuth, que, parecen constreñir, á sus contorsiones y á sus rictus, todas las angustias del dolor humano, le agrada la palaciega elegancia de Watteau, en sus asuntos cortesanos, tratados en paisajes autumnales, admira á Delaroche, y, conoce bien á los ingleses, desde Hogart, Gainsborough y Reynolds, hasta Dante Gabriel Rossetti, Edward Burne-Jones y Alma Tade-  
ma, el insuperable egiptólogo, sabio como Champolion, á quien agradan, como á él, las reconstrucciones de las civilizaciones muertas y las tradiciones de las edades pretéritas. . . . .

Su ojo de pintor, es certero y exacto, como un lente científico, por eso, las figuras que trata, están perfectamente desprendidas del espoliarium de la vida, y, sus composiciones, son armónicas y apropiadas al asunto ideado.

Tiene un gusto especial para colocar los objetos de una manera decorativa, sin rebajar, por eso, la propiedad y la naturaleza del cuadro que ejecuta, la proporción de sus tipos es completa, y, revela, sin exageraciones, un gran conocimiento anatómico, sabe usar los tonos calientes y los mates, sin falsear la luz, con sobria distinción,



sin disparatar en los extravíos de los pintamonas anfaristeros que han deshojado la rosa de los colores por ser incapaces de aplicar á las telas los recursos complementarios que tan importantes son para la feliz integración de una labor buena.

Examinad su óleo llamado Don Francisco de Alva.

Es un adulto, un joven decrepito, de físico finisecular, con aspecto de prematuro cansancio, sin duda el último vástago de una extirpe degenerada.....

Bajo el erizo plumero de su desvedijada cabellera, se desprende, la bóveda de un cráneo protuberante, desarrollado con gran vigor, en el frontal, los ojos, estupurosos, vasiegados, de dipso mano incurable, de borracho incorregible, de sediento intoxicado, están alumbrados por un turbio fulgor sanguinolento, por un fulgor de vela en tenebrario, de llama en orco, de fuego en fango, la boca, sarcástica y sensual, se crispa en un gesto enjendrado por innoble contracción, la nariz, es enérgica, pero ha perdido por completo la rigidez de las líneas iniciales, el labio, inflamado, cae pesadamente, con la inercia de las cosas muertas, sobre el atrevido menton, que, remata una saliente mandíbula inferior, la gruesa barba, cortada á punta de tijera, de azafranados ápices, se levanta, como un barbiquejo, de los niveos encarrujados del abanillo hasta colgarse indolentemente en el nacimiento de las orejas de fauno pensativo....

Así es aquel retrato que se creyera arrancado del caballete de un discípulo de Lembach.

¡Con qué bravura ha trabajado allí el pintor!

La mano, esa mano, es toda una psicología, en sus sinuosidades, en sus arcaturas, en su musculación, vese que, Julio Ruelas, ha comprendido lo que Miguel Angel llamaba, forma serpentante, está revelada con sapiencia suma, en dos planos, en un solo crispamiento de la contextura, en un crispamiento demoniaco, conjura luego, un romance medioeval, habla elocuentemente de los antepasados del modelo, revela su temperamento inquieto, la atrofia temprana de sus facultades sensoriales, sus pasionales arrebatos, parece modelada por el enorme Rodin, tan viva, tan masculina, tan cruel, tan verdadera es!

Estudiando atentamente la pintura se colige sin erogar un gran esfuerzo de observación que el eximio artista ha trasladado al trapo el espíritu y la forma de su interesante modelo obedeciendo á la máxima que á sus discípulos recomienda en su tratado Leonardo el Sabio.

En aquellas venas, verdosas é inflamadas, ha serpeado la sangre, en otro tiempo, con actividades juveninas, tras el hueso de esa frente aridecida por los desvaríos, ha cintilado el pensamiento con intermitencias de gusano de luz, en la boca que simula un nido de blasfemias, brotaron como azucenas las oraciones, en la inmóvil protuberancia de las cienes, hubo, en remotas noches,

las palpitaciones que sintió Amaury, las ojeras, que, azuladas, rodean las pupilas macilentas, son para el analista, un oráculo revelador de las vigili-  
gias, de los sueños, de las pesadumbres, de aquella alma sensitiva, de aquella pobre alma so-  
ñadora, de aquella buena alma tempestada, que, por haberse extraviado en los siniestros jardines  
de una Armida expoliadora, vagará perdurable-  
mente en la absoluta sombra, y, no podrá, nunca,  
nunca, nunca, poseída de un luminoso delirio, re-  
tornar á las estrellas espectantes para cumplir  
con la poética sentencia de Platón!

Anhelamos que este honrado trabajador conti-  
núe avanzando á triunfal paso en el camino sacro-  
santo de Damasco.

Anhelamos que sus compañeros sigan su ejem-  
plo.

Anhelamos que esa tropa errante y perseguida,  
se encamine sin vacilación á la victoria.

No siempre imperará Lisandro en Atenas.

No siempre será director de la escuela de pin-  
tura un maestro de tahona que ni siquiera es  
Rageneau!

Un fabricante de galletas.

¡Un pastelero retirado!

No siempre será, en agraz, ministro de instruc-  
ción, un pompeado profesor racionalista, un maes-  
tro de literatura de sistema lancasteriano, un pe-  
dagogo tan vacuo, tan pomposo, tan gritón, co-

mo las tamboras que golpean los saltimbancos  
trashumantes de los circos de arrabal.

Un orador linfático y con escorbuto.

¡Un lírico camaleón y sin estro!

Un vate inespasmático que con las zafias manos  
acalambradas por las pigricias universitarias ha  
pretendido pelliscar el amianto de la lira injurian-  
do con los partos de su encéfalo verminoso los  
manes del divino Píndaro . . . . .

Justo Sierra!

La justicia, como los dioses gentílicos, tendrá  
muchas teogonías.

Para cada noche oscura habrá una alba flava.

Para cada infortunio habrá un épico epini-  
cio.

Alboreará un Thermidor . . . . .

Las musas pías, las propicias musas, las sibi-  
lantes musas, escarnecidas hoy, se rehabilitarán  
mañana, celebrando su manumisión definitiva con  
las jubilosas aleluyas de la Pascua Florida.

Los charlatanes llevarán al patíbulo sus infa-  
mantes trofeos.

La mentira que es hedionda!

El miedo que es vil!

La ignorancia que es escoria!

La noche . . . la aurora . . . la gloria . . . . .

¡Alboreará un Thermidor!